

David Williams



La increíble historia de...

EL MAGO DEL BALÓN

El autor nº 1
en Inglaterra, con
4 millones
de ejemplares
vendidos

Esta es la historia de Dennis, un chico con un don asombroso. Humor y aventuras de la mano del autor número 1 en Inglaterra.

Dennis es un chico normal con dos talentos extraordinarios. Uno lo conoce todo el mundo: en cuanto tiene una pelota en sus pies ¡se convierte en un prodigio del fútbol! Gracias a él, el equipo de su escuela se clasificará en la final del campeonato.

Su otro talento es un secreto... ¡Atrévete a descubrirlo!

*Para Eddie,
que tantas alegrías nos ha dado a todos*

1

Nada de abrazos

Dennis era diferente.

Cuando se miraba en el espejo veía a un chico de doce años normal y corriente. Pero se sentía distinto; sus pensamientos estaban llenos de color y poesía, aunque su vida podía llegar a ser muy gris.

La historia que me dispongo a contar empieza aquí, en una casa normal y corriente, en una calle normal y corriente, en un barrio normal y corriente. La casa de Dennis era casi idéntica a todas las demás de su calle. Una tenía cristales dobles; la otra, no. Una tenía su sendero de grava; la otra, un caminito hecho con losas de pizarra. Una tenía un Vauxhall Cavalier aparcado delante, la otra, un Vauxhall Astra. Pequeñas diferencias que en realidad solo servían para subrayar lo mucho que se parecían unas a otras.

Todo era tan corriente y moliente que por fuerza tenía que acabar pasando algo fuera de lo común.

Dennis vivía con su padre —que tenía nombre, pero Dennis nunca lo usaba para referirse a él, así que yo tampoco lo haré— y su hermano mayor, John, de catorce años. A Dennis le fastidiaba bastante que John siempre fuera a llevarle dos años de ventaja, y que siempre fuera a ser más grande y fuerte que él.

La madre de Dennis se había ido de casa hacía un par de años. Hasta entonces Dennis salía a escondidas de su habitación y se sentaba en lo alto de la escalera. Desde allí oía a sus padres discutiendo a gritos, hasta que un día se acabaron las discusiones.

Su madre se marchó.

Papá prohibió a John y a Dennis que volvieran a mencionarla. Y al poco de que su mujer se fuera, recogió todas las fotos de ella que encontró en la casa y las quemó en una gran hoguera.

Pero Dennis se las arregló para rescatar una.

Una sola foto se salvó de la quema. Subió bailando entre las llamas, impulsada por el calor del fuego, y se alejó flotando entre el humo hasta quedar atrapada en un seto cercano.

Al anochecer Dennis salió disimuladamente y cogió la foto. Estaba tan chamuscada y ennegrecida por los bordes que nada más verla se le encogió el corazón, pero cuando la volvió hacia la luz comprobó que la imagen seguía tan nítida y brillante como siempre.

En ella se veía una escena de lo más feliz: John y Dennis, unos años más jóvenes, en la playa con su madre, que llevaba puesto un precioso vestido amarillo de flores. A Dennis le encantaba ese vestido, tan lleno de vida y color, tan suave al tacto. Cuando su madre se lo ponía, era señal de que el verano había llegado.

En la calle hacía calor el día que ella se marchó, pero el verano no había vuelto a casa de Dennis desde entonces.

En la foto, su hermano y él iban en bañador, sostenían un cucurucho cada uno y sonreían con la boca toda manchada de helado de vainilla. Dennis guardaba la foto en el bolsillo y todos los días la contemplaba en secreto. En ella su madre estaba guapísima, aunque sonreía sin demasiadas ganas. Dennis se la quedaba mirando durante horas, intentando imaginar en qué estaría pensando en ese instante.

Desde que ella se había ido, su padre apenas despegaba los labios, y cuando lo hacía, era casi siempre para gritar, así que Dennis pasaba muchas horas viendo la tele, y nunca se perdía su programa preferido, *Trisha*. Había visto un especial dedicado a las personas deprimidas y pensaba que quizá su padre lo estuviera. A Dennis le chiflaba *Trisha*. Era un programa de entrevistas en el que gente normal y corriente podía ir a hablar de sus problemas o poner de vuelta y media a su familia, y lo presentaba una mujer que, pese a su aspecto dulce y amable, era de armas tomar. Se llamaba..., a ver si lo adivináis: *Trisha*.

Durante un tiempo, Dennis pensó que la vida sin su madre sería como una aventura. Podía quedarse despierto hasta las tantas, alimentarse con comida para llevar y ver programas de humor grosero. Sin embargo, a medida que los días fueron dando paso a las semanas, y las semanas a los meses, y los meses a los años, se dio cuenta de que su vida no era ninguna aventura.

Era sencillamente triste.

Dennis y John se querían el uno al otro como suelen quererse los hermanos: como si no les quedara más remedio que hacerlo. Pero John ponía a prueba ese amor bastante a menudo, haciendo cosas que le parecían de lo más chistosas, como sentarse en la cara de Dennis y tirarse una traca de pedos. Si tirarse pedos fuera un deporte olímpico (mientras escribo esto me comentan que no lo es, lo que me parece una vergüenza), él habría ganado unas cuantas medallas de oro y hasta puede que la reina lo hubiese nombrado caballero de la corte.

Llegados a este punto, queridos lectores, tal vez penséis que el hecho de perder a su madre hizo que los dos hermanos estuvieran más unidos.

Por desgracia solo sirvió para distanciarlos.

A diferencia de Dennis, John sentía mucha rabia hacia su madre por haberse marchado, por más que tratara de disimularlo, y estaba de acuerdo con su padre en que lo

mejor era no volver a mencionarla. Era una de las reglas de la casa:

Nada de hablar de mamá.

Nada de llorar.

Y lo peor de todo: nada de abrazos.

Dennis, en cambio, solo sentía una gran tristeza. A veces echaba tanto de menos a su madre que lloraba en la cama por las noches. Intentaba llorar sin hacer ruido, porque compartía la habitación con su hermano y no quería que lo oyera.

Pero una noche los sollozos de Dennis despertaron a John.

—¿Dennis? ¿Dennis? ¿Y ahora por qué lloras? —preguntó John desde su cama.

—No lo sé. Es solo que... bueno... Ojalá mamá estuviera aquí y eso... —contestó Dennis.

—Ahórrate las lágrimas. Se ha marchado y no va a volver.

—Eso no lo sabes...



—No va a volver, Dennis. Y ahora deja de llorar. Que pareces una chica.

Pero Dennis no podía dejar de llorar. El dolor era como un inmenso mar que llegaba en oleadas y estallaba en su interior, casi ahogándolo en lágrimas. Sin embargo, como no quería disgustar a su hermano, lo hacía tan silenciosamente como podía.

¿Y por qué era Dennis tan distinto, os preguntaréis? Al fin y al cabo, vivía en una casa normal y corriente, en una calle normal y corriente, en un barrio normal y corriente.

Bueno, seguid leyendo y no tardaréis en averiguar la respuesta a esa pregunta...

2

Papá zampabollos

El padre de Dennis se puso a dar brincos y a chillar de alegría. Luego se volvió hacia él y le dio un abrazo de oso.

—¡Dos a cero! —exclamó—. Menuda paliza les hemos dado, ¿a que sí, hijo mío?

Sí, ya sé que he dicho que en casa de Dennis no estaban permitidos los abrazos. Pero esto era distinto.

Era por el fútbol.

En casa de Dennis, hablar del fútbol resultaba más fácil que hablar de los sentimientos. Padre e hijos eran grandes aficionados a ese deporte, y juntos compartían las escasas alegrías y las muchas penas del equipo local, que jugaba en tercera división.

Sin embargo, a la que el árbitro pitaba el final del partido, se acababa lo que se daba y los abrazos volvían a estar estrictamente prohibidos.

Dennis los echaba de menos. Su madre solía abrazarlo a todas horas. Era tan dulce y cariñosa que le encantaba que lo achuchara. La mayor parte de los niños no ven la hora de crecer y hacerse mayores, pero Dennis añoraba ser pequeño y que su madre lo cogiera en brazos. En ningún sitio se sentía tan seguro como en su regazo.

Era una lástima que el padre de Dennis apenas lo abrazara. A las personas regordetas se les dan muy bien los

abrazos porque son grandes y blanditas, como un buen sillón mullido.

Ah, ¿no lo he comentado? El padre de Dennis estaba gordo.

Realmente gordo.



Era camionero y hacía rutas muy largas. Tanto tiempo sentado al volante, sin estirar las piernas más que para entrar en el bar de alguna estación de servicio y zamparse un combinado de huevos, salchichas, beicon, judías y patatas fritas, había acabado pasándole factura.

A veces, después del desayuno, el muy glotón se comía dos bolsas de patatas fritas. Cuando la madre de Dennis se marchó, él no hizo más que engordar. Había visto un programa de Trisha dedicado a un hombre llamado Barry, que estaba tan gordo que no podía limpiarse su propio trasero. El público del programa había oído entre «¡Aaah!» y «¡Oooh!», con una extraña mezcla de fascinación y horror, la cantidad de comida que el hombre engullía todos los días. Entonces Trisha le había preguntado:

—Barry, verte obligado a llamar a tus padres para que te limpien tus... partes, ¿no te anima a intentar perder peso?

—Pero, Trisha, es que a mí me chifla comer... —había contestado Barry con una sonrisa bobalicona.

Trisha le había dicho que utilizaba la comida «como consuelo». Se le daba muy bien soltar frases como esa. Al fin y al cabo, ella tampoco lo había tenido fácil en la vida. Barry lloró un poquito al final, y mientras pasaban los créditos en

la pantalla, Trisha sonrió con tristeza y le dio un abrazo, aunque le costó lo suyo rodear a Barry con los brazos, ya que abultaba tanto como un pequeño *bungalow*.

Dennis se preguntó si el zampabollos de su padre buscaría también consuelo en la comida, si estaría desayunando una salchicha o una rebanada más de pan frito para, como decía Trisha, «llenar el vacío que sentía en su interior». Pero no se atrevía a compartir ese pensamiento con él. De entrada, no le hacía demasiada gracia que su hijo viera ese tipo de programas. «Eso es para chicas», solía decir.

Dennis soñaba con ser el protagonista de uno de los programas de Trisha, que se titularía «Los pedos de mi hermano huelen fatal», o bien «Mi padre tiene un problema con el chocolate» (todos los días, al volver de trabajar, se zampaba un paquete entero de galletas de chocolate de esas adictivas).

Su padre estaba tan gordo que cuando John y Dennis jugaban con él al fútbol siempre se ponía en la portería. Le gustaba jugar de guardameta porque así no tenía que andar corriendo de aquí para allá. La portería estaba formada por un cubo puesto del revés y un barril de cerveza vacío, vestigio de una barbacoa ya olvidada que habían celebrado mucho tiempo atrás, cuando la madre de Dennis aún vivía con ellos.

Ya nunca hacían barbacoas. Comían salchichas rebozadas que compraban en la freiduría del barrio, o bien cuencos de cereales, no necesariamente para desayunar.

Lo que más le gustaba a Dennis de jugar al fútbol con su familia en el jardín era que se le daba muy bien. Aunque su hermano tenía dos años más que él, Dennis lo superaba sin esfuerzo: le robaba la pelota, regateaba y marcaba goles con gran habilidad. Y no es que fuera fácil, ni mucho menos, meter el balón en la portería estando su padre delante. No porque se le diera bien defenderla, sino porque la tapaba casi entera con su corpachón.

Los domingos por la mañana Dennis solía jugar al fútbol con el equipo del barrio. Su sueño era convertirse en futbolista profesional, pero después de que sus padres se separaran había dejado de ir a los partidos. Siempre era su madre la que lo acercaba en coche, y su padre no podía hacerlo porque se pasaba la vida recorriendo el país arriba y abajo en su camión para intentar llegar a fin de mes.

Así que el sueño de Dennis se había ido desvaneciendo poco a poco.

Sin embargo, seguía jugando al fútbol en la escuela, y en su equipo era el mejor... ¿cómo se dice?, ¿chutador?

Perdón, queridos lectores, esto tengo que buscarlo.

Ah, quería decir «delantero».



Sí, Dennis era el mejor delantero de su equipo, y marcaba más de un millón de goles al año.

Perdonad de nuevo, queridos lectores. No sé gran cosa de fútbol, pero a lo mejor un millón es demasiado. ¿Mil goles? ¿Cien? ¿Dos?

El caso es que era el que más goles marcaba.

Por ese motivo, Dennis era muy popular entre sus compañeros de equipo, a excepción de un capitán, Gareth, que se metía con él por cada pequeño error que cometía en el campo de juego. Dennis sospechaba que le tenía tirria porque no era tan bueno como él. Gareth era uno de esos chicos que son muy grandes para su edad. De hecho, a nadie

—¡Bieeeeeen! —exclamó Darvesh, como si ya hubiesen ganado el partido.

Dennis engulló a toda prisa unos tragos de sopa, cogió su equipo y salió corriendo de casa.

La madre de Darvesh los estaba esperando en su pequeño Ford Fiesta rojo con el motor al ralentí. Trabajaba como cajera en los almacenes Sainsbury, pero la ilusión de su vida era ver jugar a su hijo. Era la madre más orgullosa del mundo, lo que siempre hacía que su hijo se avergonzara un poquitín de ella.

—¡Menos mal que has venido, Dennis! —le dijo cuando este se subió a toda prisa al asiento trasero del coche—. El equipo te necesita, el de hoy es un partido muy importante. ¡Incluso diría que es el más importante de toda la temporada!



—¡Vámonos de una vez, mamá! —la apremió Darvesh.

—¡Vale, vale, ya nos vamos! ¡No le hables así a tu madre, Darvesh! —gritó, fingiendo estar más enfadada de lo

que realmente estaba. Pisó a fondo el acelerador y el coche arrancó a trompicones en dirección el campo de juego.

—Vaya, así que al final has decidido venir... —le soltó Gareth con cara de pocos amigos mientras aparcaban. No solo era más alto que todos sus compañeros de clase, sino que también tenía una voz más grave y una cantidad de vello corporal inquietante para un chico de su edad.

En las duchas parecía un orangután.

—Lo siento, Gareth, pero es que no me encontraba bien. Creo que he pescado un buen...

Antes de que pudiera decir «resfriado» se le escapó otro estornudo, más violento incluso que el anterior.



—¡Aaa
 aaa
 ccc
 ccc